



Grandes Autores

RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL **10 años**

**Todos tenemos
una historia
para contar**



Primer Premio

El viaje

Jazmín Grillo Balboa

Enexactamente 15 minutos, Martina va a perder el control de su auto y volcar. El sol de la tarde quema la hierba a los costados de la ruta en un sofocante domingo de enero. La lluvia es inminente: el aire está pesado, las nubes bajas. La Ruta Nacional 8 hacia la Autopista Panamericana está prácticamente vacía, con excepción de Martina, que vuelve a su casa desde San Antonio de Areco en su Fiat Palio 2011.

Su abuela había vivido toda su vida en aquella ciudad, que para Martina se convirtió en un oasis. El aire del campo le aclara la mente, la conecta con el presente, la ayuda a respirar. Existe un valor incalculable en la llanura, un alivio que descansa en el horizonte, donde el celeste del cielo se corta con el verde del campo. Martina y su abuela compartían una gran pasión por los pájaros. Juntas pasaban las tardes compactando trozos de pan seco en bolitas, para luego tirarlos en el parque y observar la decena de calandrias, chingolos, palomas y torcazas que bajaban al festín. Pero el ave favorita de ambas era el zorzal; a su abuela simplemente le gustaba la melodía de sus vocalizaciones. Para Martina, lo especial del zorzal era que su canto comenzaba madrugado, antes que cualquier otra ave: era la señal de que la noche por fin estaba terminando y el amanecer de un nuevo día era inminente.

Los recuerdos de su infancia son una maraña para Martina. Es curioso cómo a veces la mente se transforma en un laberinto, piensa, tan solo diez minutos antes del accidente. Lo que sí tiene claro es que fue una infancia plagada de violencia.

Una violencia tan encarnada que se instaló como parte constitutiva de su identidad, incluso tiempo después de que desaparecieran las marcas en su piel. A Martina, ese miedo anticipatorio se le enraizó en forma de ansiedad, y ahora vive con la cautela de quien camina un campo minado.

Recuerda que, al cumplir catorce años, se subió por primera vez sola a un micro con destino a Areco. Desde ese día y hasta la muerte de su abuela, viajó todos los fines de semana a visitarla. Así fue como conoció a Manuel, el vecino de enfrente; un chico de su edad que también sentía la necesidad irrefrenable de escapar. Cada vez que se veían pasaban horas hablando de los lugares a los que podrían ir juntos, a empezar una nueva vida de cero. En Manuel, Martina halló un compañero ideal que la ayudó a atravesar la tragedia que es la adolescencia: su confidente, su refugio, su mejor amigo y su primer gran amor.

La lluvia se desata con violencia sobre la Ruta Nacional 8, y Martina está a ocho minutos de volcar. Recuerda que su abuela falleció cuando tenía diecisiete años, y que con ella se fue una parte de sí misma. Ya en su vida de joven adulta, Martina aprendió a resignificar el canto matutino del zorzal: su insomnio crónico lo transformó en la fatídica señal de que su tiempo se estaba terminando; un nuevo día iba a empezar, un nuevo día por afrontar sin haber pegado un ojo. Las visitas a Areco se espaciaron conforme aumentaban sus responsabilidades. Al principio, pese al fallecimiento de su abuela, Martina siguió yendo a Areco a visitar a Manuel. Sin embargo, el tiempo, la distancia, los estudios y el trabajo terminaron por separarlos definitivamente.

Pasaron ya más de diez años desde la última vez que se vieron. Martina es hoy una joven de treinta años con una vida más o menos ordenada; una vida que en seis minutos dará un giro catastrófico. Durante este tiempo, las parejas fueron y vinieron. Martina se recibió de psicóloga; Manuel estudió ingeniería en sistemas unos años, hasta que su papá enfermó y tuvo que dejar la carrera para trabajar a tiempo completo. Siguieron conectados todos esos años a través de las redes, aprovechando la ocasión anual de desearse un feliz cumpleaños para ponerse al tanto de la vida de cada uno.

A dos segundos de volcar, las manos de Martina se tensan sobre el volante. El coche patina en el asfalto mojado y gira bruscamente hacia la derecha. Martina intenta corregir, pero el coche no responde. De repente, siente una patada en el pecho y el tiempo se detiene. Al principio le parecía una idea absurda ir a Areco después de tantos años con una propuesta así. Luego pensó que, si Manuel decía que no, al menos nunca más tendría que verlo. No había nada que perder. Sin embargo, entendía que las chances de un “no” eran altísimas: una cosa es reiniciar una relación con alguien, otra muy distinta es dejarlo todo por amor.

Las ruedas delanteras pierden completamente la tracción y el coche gira violentamente hacia la izquierda. El cuerpo de Martina es empujado contra el asiento; el cinturón de seguridad se incrusta en su pecho y cadera. Las ruedas traseras se levantan del suelo. En ese preciso momento, Martina es consciente—plenamente consciente—de que va a morir. Siente la adrenalina fluyendo por sus brazos, por sus piernas. Sus sentidos se agudizan y se vuelve toda instinto, toda piel. Lo mismo sintió solo unas horas antes, estacionada en la puerta de Manuel, repitiendo una y otra vez en su cabeza lo que le iba a decir.

Le iba a contar que había conseguido un trabajo en Valencia. Que se mudaba en un par de meses, que no se imaginaba empezando una nueva vida sin él. Que nunca dejó de pensar en él. Que lo necesitaba. Pero nada de eso ocurrió. Martina estuvo unos minutos sentada en el auto, recorriendo los pasillos de su mente. Luego entró a la casa de su abuela y abrió todas las persianas para que la luz despertara a los recuerdos que dormían en sus rincones. Buscó en los cajones del placard las fotos que había guardado en su visita anterior. Las tomó y se fue.

El coche entra en el vuelco. El techo del vehículo se inclina hacia el suelo y la gravedad cambia de dirección dos, tres, cuatro veces. Los vidrios empiezan a estallar y el metal del auto cruje. Luego de varias vueltas completas, el coche aterriza violentamente y se detiene recostado sobre el techo. El impacto es brutal y los airbags se despliegan. Segundos luego del vuelco, la ruta vuelve a su habitual silencio ensordecedor. La tormenta baña el campo y el único vestigio que queda del accidente de Martina es un polvo fino flotando en el aire, y un olor a nafta mezclado con lluvia. La radio del auto cruje en estática.

Exactamente cuatro segundos y medio antes de volcar, el celular de Martina se encendió con una llamada entrante. Dos segundos le tomó a Martina ver el nombre de Manuel en la pantalla y tensar las manos sobre el volante, casi como un acto reflejo. Dos segundos que cambiaron el curso de su vida para siempre.



Grandes Autores

RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL **10 años**

**Todos tenemos
una historia
para contar**



Segundo Premio

Los Gonzáles

Mariana Calvera López

Los jueves siempre comemos pescado. Mamá se levanta temprano, va al puerto, compra tres pescados medianos y vuelve a casa. Yo estoy tomando la leche con la abuela cuando llega. A veces nos trae facturas, a veces no le alcanza la plata. Mamá empieza a cortar las verduras para el almuerzo y yo la miro desde la puerta de la cocina. La abuela le ceba unos mates bien amargos y calientes. A mí no me gustan los mates de la abuela, así que no tomo. Mamá no habla mientras corta las verduras. La abuela, sí. Le cuenta sobre las vecinas y mamá dice que sí con la cabeza. El tema favorito de la abuela son los Gonzáles. Ella se entera por la Tita y le cuenta a mamá.

Los Gonzáles viven lejísimo. Como a unas diez cuadras, en el borde del barrio. Yo no los conozco en persona, pero sé mucho sobre ellos. Sé que tenían un perro que se volvió loco y mató a uno de los niños. La abuela me dijo que no tengo que acercarme nunca nunca a un perro. También sé que la hija menor de los Gonzáles se consiguió un novio que era muy malo y le dejó un bebé. Cuando se enteró, mamá me dijo que yo de novios, nada. Que es mejor estar lejos de los hombres para no correr riesgos.

A los González siempre les pasan un montón de cosas. Al viejo González se le cayó un ladrillo en el pie y ahora usa bastón, por estar tocando cosas que no tenía que tocar en la obra de acá a la vuelta; a su esposa se le quemó el brazo y se quedó sin cejas por estar muy cerca del horno; a la hija mayor la echaron del trabajo por contestar mal y su esposo perdió toda la plata que tenía por no cerrar bien los bolsillos de la mochila. Mamá escucha a la abuela siempre que habla de los González porque dice que no quiere que nosotras seamos como ellos y nos pasen esas cosas.

Cuando mamá termina con las verduras, saca la fuente roja y blanca y arma un colchón de papas y cebollas. Acuesta los tres pescaditos en la cama amarilla. Los pescados duermen con los ojos abiertos porque siempre están atentos a que nada les vaya a pasar, dice la abuela. Yo siempre pienso que igual están muertos así que mucho más no les puede pasar, pero no se lo digo a la abuela para no quitarle la ilusión de que están durmiendo, nada más. Mamá mete la fuente en el horno y se pone a limpiar la cocina. Siempre limpia después de cocinar para no tener una invasión de hormigas, como le pasó una vez a los González.

Me doy cuenta de que estamos por comer cuando empiezo a sentir el olor a pescado. No me gusta nada como huele, pero después siempre está rico. Pongo la mesa y corto unos tomates al medio para acompañar. La abuela se sienta en la punta, mamá a su derecha y yo a la derecha de mamá. A la izquierda de la abuela se sentaba papá. Pero de papá ya no hablamos, para que mamá no se vuelva loca de tristeza como la tía de los González cuando el marido la dejó. Cada una se come su pescadito y una parte del colchón. Yo aprendí a sacarle las espinas y a masticar despacito para no atragantarme. No quiero que me pase como le pasó a un primo de los González que se le atravesó un hueso de pollo y le hizo un hueco en la garganta.

Después de comer y de limpiar la cocina, mamá y la abuela se van a dormir la siesta. Yo nunca tengo sueño, pero me meto en la cama igual para que no me lleve el viejo de la bolsa, como se llevó a la Valentina González por andar jugando en la calle. En la tarde, mamá ordena y limpia y la abuela juega a la generala conmigo. Ella toma de su mate amarguísimo y yo me hago una leche a las seis. A las ocho dan la novela, así que la abuela, mamá y yo nos sentamos frente al televisor. Cuando termina, hay que apagar todo para que no nos llegue una factura de quince mil pesos, como le pasó una vez al Roberto González por dejarse la tele prendida toda la noche.

Después de la novela, me cepillo los dientes porque no quiero que se me pongan amarillos, como a uno de los González, no me acuerdo cuál. Me acuesto y miro el techo hasta que escucho que la abuela y mamá están roncando. Me levanto de la cama, me pongo un buzo y salgo por la puerta del patio, que no hace ruido. Camino hasta la esquina y doblo a la derecha. Sigo unas cuatro cuadras y vuelvo a doblar, pero a la izquierda. Cuento una, dos, tres, cuatro, cinco, seis esquinas y ahí está.

La casa de los González siempre tiene todas las luces prendidas. En verano abren las ventanas y el portón del garaje. Yo sé que lo mejor es esconderme por el costado del patio, donde hay un árbol grande al lado de la ventana. A través del vidrio los veo comer en una mesa larga. Son un montón los González. Y serían muchísimos más si algunos no se hubieran electrocutado, o no los hubieran atropellado, o no se hubieran envenenado por cortar las flores recién fumigadas de la plaza. Desde afuera los escucho hablar todos al mismo tiempo pasándose los platos de comida. Se ríen muchísimo y a veces también se enojan. La tele está prendida, aunque nadie le presta atención y, después de cenar, siempre comen postre. Todos los jueves comen cosas diferentes y no sé si algún día pondrán una fuente gigante con muchos pescaditos acostados en un colchón de papas y cebollas. No creo, porque tendrían que llevarse todos los pescados del puerto y los demás no tendríamos para nosotros. En la punta de la mesa, se sienta el papá de los González. Parece que ahora es mucho más feliz, aunque corra el riesgo de que le pasen cosas, sólo por ser un González.

Cuando juntan la mesa y se van a acostar, me vuelvo caminando a mi casa. Mamá y la abuela ni se dan cuenta, porque siguen roncando. Me tapo bien y cierro los ojos. Me acuerdo de las risas y los gritos de la casa de los González, pienso en las luces y en el papá sentado en la punta. Mientras me quedo dormida, me imagino qué pasaría si volviera a buscarme y me llevara con él para convertirme yo también en una González.



Grandes Autores

RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL **10 años**

**Todos tenemos
una historia
para contar**



Tercer Premio

Truco

Martín Alejandro Munín

Fue mano a mano el asunto. Fue entre ese y yo. El juego siempre arranca antes, incluso previo a conocer las cartas. Empieza en la cabeza, en la postura, en las miradas. Las primeras escaramuzas se dieron en la esperada fiesta de fin de año, la fiesta de “El Demonio Dojo”, en el club del campo de patos.

Falta envido, le canté sin saber nada, sin haber visto las cartas, de guapo. Aposté a todo o nada, porque este es un juego de estrategias, pero también de actitud, de embustes. Llegando al salón, unos 50 metros antes, lo encontré. Él iba caminando delante de mí. Me acerqué, le di una patada en el pie que tenía en el aire, se lo enganché con el que tenía apoyado y se cayó de rodillas. Fue una maniobra sencilla, una traba floja, no un golpe. El idiota no entendió mucho, o eso me pareció, no supo si fue una agresión o un accidente. Yo venía con amigos, él venía con sus primos, Renata no estaba con él. Eligió el camino más fácil: no se jugó, no respondió la agresión. Yo entendí un “no quiero”. Me anoté un punto. Pensé entonces que para lo que había puesto en juego, o sea ganar o perder todo, un solo punto era injusto, pero en cualquier caso me sirvió para que él se enterara del rival que tenía por delante. Empezar ganado no estaba nada mal.

Renata estaba bellísima como siempre, mejor que siempre. Con cuánta gracia llevaba ese vestido rojo, qué bonita. No podía ser que siguiera enganchada con ese bobo. Me las arreglé para cruzarla. Fingí un encuentro casual. Le pedí fuego en el pasillo del baño. Me miró con esos ojos achinados, hermosos, y si bien su boca no dijo nada, yo entendí todo. Me dedicó una sonrisa tierna mientras me daba el encendedor. Cuando se alejaba, dio media vuelta para mirarme y en ese acto terminó de conquistarme. No podía encontrar el momento para acercarme.

Tenía que ser discreto y no defraudar mi estrategia. La noche siguió divertida, como ocurría con todas las fiestas de fin de año en ese lugar. Pasaron las horas. Al final fui, tomé coraje y me acerqué, asumí los riesgos, le dije mis cosas, pero ya se me notaba, me había pasado de gin. Incluso las palabras más inteligentes parecen idiotas cuando estoy en ese estado. Ahí jugué mi primera carta, mi 3 de copas. La peor carta que tenía. Muy estúpido, muy primitivo, muy previsible. Cuando salí del baño, donde fui a lavarme la cara, a lavarme sin éxito la estupidez, la vi, ya estaba en la barra con él y se reía con ganas. Estaba más linda que antes debajo de esa luz tenue. Poco después se fueron. Por la ventana pude ver cómo subían a su Audi y salían para el pueblo. Es la única carta que tiene ese idiota pensé, lo que le vino de regalo. La herencia, de genes y billetera. Bien se sabe ganador ese. Es que todos te ven más lindo cuando tenés mucha guita. La conquistó con lo puesto pensé, sin esfuerzo. Un 7 de espadas hecho y derecho, y te lo tira en la mesa, no precisa decir nada, gana con eso. La primera fue de él.

Ya la tenía, la sentía suya, de su propiedad. Y entonces le puso el lazo, la marcó a fuego, para que formara parte de su redil. Por los dos años de noviazgo, le regaló gruesas pulseras de oro a modo de compromiso. Con ese simple acto creyó que compraría su amor para siempre, esa era su única treta. Así abrió su jugada, con un 2 de oro, se sentía un triunfador. Pero el exceso de confianza lo mató, lo expuso, le hizo bajar la guardia. Priorizó su vida de rico, de amigos, de placeres pueriles. Empezó a desatenderla, a dejarla sola, a perderle el respeto. Y yo fui apareciendo de a poco, como el sol de la mañana. Le fui dando la luz y el calor que necesitaba, pero sin quemarla. La cociné a fuego lento. La conquisté con amor, porque yo la quería. Puse mi 7 de oros en la mesa, así fue que gané la segunda. Como sentía que era mi derecho tenerla, cobijarla, y quedarme con ella, dije: truco. Estaba orgulloso de mis sentimientos por ella, los escondía poco, porque el mío era amor verdadero.

Le pedí a Renata que lo dejara. Ella me dijo que cuando encontrara el momento lo haría. Estaba convencido, animado, con la victoria en las manos, incluso antes de haber dado la batalla. Tenía toda la estrategia estudiada porque yo bien sabía de sus andadas. Lo fui a agarrar a la salida del boliche, pero había mucha gente. Estaba con la otra mina, esa que estaba viendo casi sin esconderse, y los seguí hasta el auto. Cuando llegué hasta ellos, ya estaban adentro del Audi y no me querían abrir la puerta. Estaba asustado el idiota, y la pendeja mucho más. Me paré delante del vehículo, le impedí el paso, y le dije todo lo que le tenía que decir: que no se merecía a Renata, que era un tarado, que ella estaba conmigo y que sabía que la engañaba con esta pibita que ahora lo acompañaba, que no la molestara más. Pero el ganso no se inmutaba, ni bocina tocaba. Así que finalmente solté mi mejor carta, jugué el ancho que me venía guardando. Agarré un grueso palo de la calle, le guiñé un ojo y le abollé todo el auto a garrotazos. También le rompí las dos ópticas. Eso sí que le va a doler, pensé, porque a ese solo le importa la guita y las apariencias. Jugué mi ancho de bastos con determinación. Y me quedé esperando su respuesta. Pero no hizo nada, cuando se dio cuenta de que tenía libre la salida arrancó su auto y se fue. No tiene agallas, es de amianto, no le importa Renata, pensé. Asumí que no tenía nada de valor y que por eso lo mostraba, que se había ido al mazo. Me fui de allí paladeando mi victoria.

Iba llegando a casa, había caminado unas veinte cuadras. Cuando me disponía a abrir la puerta oí un ruido extraño en el portón del garaje, pareció un piedrazo. No se veía bien porque el enorme plátano de la vereda tapaba la luminaria municipal. Me acerqué, me agaché para ver algo en el piso que parecía en efecto una piedra. Y ahí fue cuando jugó su naipe. Bajo la oscuridad del árbol, en la madrugada de un pueblo, ni un alma, ningún domo callejero, ningún testigo. En una maniobra mucho mejor estudiada que la mía, en silencio, me dio a conocer su carta. Me tomó por la espalda y en forma lenta me clavó su ancho de espadas en el hígado. Ni “quiero retruco”, me dijo. Me dejó caer lentamente en la vereda para que me desangrara despacio. Lo vi alejarse y pensé que la vanidad era el peor de todos mis defectos. Tuve tiempo para darme cuenta de que había perdido la partida.

Grandes Autores

RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL **10 años**

**Todos tenemos
una historia
para contar**



Más 75

Una pasajera en “El Gran Capitán”

Edmunda Quintana

Era la noche del día de los muertos, el 2 de noviembre de 1960 alrededor de las once. Yo era una muchacha de 22 años, menuda y soñadora.

Estaba en el andén en la ciudad de Posadas, Misiones; viendo entre la niebla al “Gran Capitán”, ese majestuoso tren que aguardaba a sus pasajeros. Me despidieron mi mamá, mi papá, una hermana y una amiga. También me despedía de mi infancia, la ingenuidad y la inocencia de los años en mi pueblo.

Llovía, mi cara estaba mojada... no sé cuánto por la lluvia y no sé cuánto por mi llanto. Mi valija era de cartón, marrón, cuadrada y a rayas; allí traía unos pocos pares de ropa, pero cargada de proyectos e ilusiones, con el sueño de progresar en la vida, y con el miedo del incierto cambio que me esperaba en Buenos Aires.

Entre tanto llanto y emoción, de pronto me di cuenta que ya estaba en el asiento del tren, un asiento de madera en donde también estaba una joven, de quien no sé cuál habrá sido su destino; enfrente dos muchachos con guitarra, cantaban “los hombres no deben llorar”, tal vez dándose un musical aliento...

El viaje habrá durado dos días, pero para mí resultó en un viaje eterno. Atravesamos varios pueblos y ciudades; cruzamos en ferry desde Ibicuy hasta Zárate, y luego otra vez en las vías. Recuerdo haber comido una vianda, pero no sentir el sabor de ninguno de los ingredientes. No pude dormir, solo dormitaba en cortos períodos de tiempo. Mis manos en el bolsillo de mi saco, aferrada a un papel con la dirección de donde me esperaban para mi primer trabajo en una casa en Floresta en la calle Alcaraz. Una vez en el andén de Lacroce, nadie me esperaba; y sentí que la ciudad era grande, muy grande. Me dirigí hacia la dirección con las instrucciones que tenía y unos pocos pesos que me habían dado mis parientes. La mujer que me recibió era una señora de mediana edad, muy simpática y amable; y con el tiempo llegó a tratarme como a una hija. En ese trabajo conocí muchas personas, muchos lugares y fui muy feliz. La buenaventura ha estado siempre de mi lado y me acompaña hasta el día de hoy, ya jubilada, con mi hijo, mis hijas y nietos. Pero nunca olvido ese andén, esa noche, ese tren, ese viaje, esa ansiedad, esa esperanza, y a mi valija de cartón a rayitas.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

¿A dónde van los goles?

Gustavo Victor Dubiansky

Todos los domingos lo veía en la tribuna. Siempre sentado en el mismo lugar. Llegaba temprano y no hablaba con nadie. Lo observaba desde lejos. Había en él algo extraño. Después, con el partido empezado, ya me olvidaba de que estaba ahí. Un día, hubo algo más que me llamó la atención.

Ni bien el árbitro dio el pitazo final, me fui desplazando hacia donde él estaba sentado. No se movía, estaba quieto. Mirando todo desde su lugar. Tenía sus manos en los bolsillos. Parecía esconder algo. Lo rodeaba un misterio.

A medida que se levantaban todos, los observaba salir.

Cuando ya casi la tribuna estaba vacía, se iba por fin, caminando hacia la salida.

Comencé a observarlo con mayor detenimiento. Cada domingo repetía su rutina. Nunca se paraba a cantar, ni observaba detenidamente el desarrollo del partido. Solo estaba atento a los movimientos de la gente.

La banda cruzada al pecho, el pelo largo, encorvado y silencioso.

A la semana siguiente, decidí ubicarme en el mismo sector que él.

Llegue temprano y ya estaba ahí. Me senté bien cerca suyo. Esa tarde jugábamos contra San Lorenzo.

Empezó el partido. Uno tras otro, llovían los goles nuestros. Todo era una fiesta. Cuando iban treinta y tres minutos del segundo tiempo, en una jugada maestra, Ortega eludió de zurda a un defensor, corrió unos metros y se la picó bien de lejos y con derecha, alarquero Saja, en una de sus mejores fantasías de potrero.

La gente gritó ese cuarto gol rompiendo sus gargantas. Me acordé del pibe. Lo busqué con la mirada y lo vi destapando un frasco de vidrio y apuntando al cielo. Cuando el estruendo de esas voces se fue apagando, lo tapó y lo escondió entre sus ropas.

Decidí seguirlo. Caminé detrás de él por Udaondo hasta la avenida del Libertador. Se tomó el quince. Subí yo también, y viajamos hasta Pompeya. Un trecho largo. Bajó al setecientos de Sáenz, y caminó una cuadra hasta Grito de Asencio. Entró en una casona vieja y cerró la puerta. Me quede en la vereda de enfrente. Ya era de noche.

El misterio crecía más aún.

En la vivienda lindera, estaban reparando la fachada, y habían armado un andamio. La primera plataforma daba justo a la ventana que se había iluminado. Era su lugar. Estaba seguro.

Subí con disimulo por la escalerilla, hasta el primer piso de la estructura, y quedé de frente a esa ventana.

Asomé medio cuerpo, y no pude creer lo que estaba viendo:

Sobre un inmenso mueble de madera, había un centenar de frascos de vidrio, perfectamente ordenados. Parecían los tubos del órgano de una antigua catedral. Todos tenían etiquetas. Desde mi lugar no podía leer lo que decían, pero comprendí que el misterio estaba resuelto.

El, guardaba los gritos de los goles de nuestra tribuna en esos frascos herméticos.

Él se había empeñado, en capturar secretamente, lo más hermoso de un gol.

El grito sagrado de los hinchas.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

La pieza perdida

María Antonia Jonte

Hacíamos andar los autos en el pasillo. Los rellenábamos con masilla que le robábamos a papá, para que no volcaran. Les hacíamos fricción en las ruedas, arrodillados en la punta donde estaba el portón. Los soltábamos con un golpe de mano y los veíamos correr casi pegados, el azul al lado del rojo, yo haciendo fuerza para que ganase el mío. Por suerte se les acababa el impulso justo cuando empezaba el patio, porque en el patio estaba la mamá de Anita colgando la ropa. Una cargosa esa mujer, siempre se estaba quejando de que yo rompía las rodillas de los pantalones jugando, de que no nos lavábamos los dientes, de que no nos gustaba su comida. Tenía razón en todo. Es más, ella no nos gustaba, y Anita tampoco. Papá nos decía que teníamos que quererla a Anita, como si fuera nuestra hermana, pero no era así. Era hija de la señora que se casó con él, esa tucumana gritona que nos lavaba la ropa y cocinaba mal y nos revisaba si hacíamos los deberes. Yo la dejaba, total qué me importaba, pero Yuli se enojaba, ella antes hacía los deberes con mamá.

El auto de Yuli era el rojo. El mío, esa temporada, era el azul.

Anita no tenía auto. Ella era bien morocha, flaca, larga. No se parecía a Yuli y a mí, nadie iba a creerse nunca que pudiera ser hermana nuestra.

Le gustaba hacer cosas raras, como comerse las uñas al ras de los dedos, juntar boletos capicúa, hacer animalitos con migas de pan. Guardaba sus cositas en cajitas de fósforos, estaba medio loca. Como no la dejábamos jugar con nosotros, saltaba la soga en el patio, pintaba con témpera, leía la Patoruzú y se reía sola en la mesa del comedor.

Esa noche venía a cenar el jefe de papá, un viejo que le gustaba el ajedrez. Le regaló a papá un tablero con piezas talladas en diente de elefante. Papá no nos dejaba tocar el juego, lo sacaba solamente cuando venía el jefe.

Yuli quiso poner pilotos en los autos, así que nos subimos a una silla y sacamos el juego del aparador. Agarramos los reyes, los caballitos, todo, elegimos las piezas más lindas y las pusimos adentro de los autos. Anita nos miraba desde la ventana de la cocina. –Le voy a decir a la mamá que sacaron el ajedrez.

Ella le decía “la” mamá a su mamá. Hablaba como un gaucho, o algo así. Nos reímos.

–Si le contás te voy a pegar– la amenacé. Siempre le decía lo mismo. No hubiera podido pegarle, no me gusta pegarle a nadie, pero ella no sabía eso.

Jugamos un montón, hasta que se hizo la hora de ir a bañarnos.

Vino “la” mamá y nos alcanzó a ver con las piezas de ajedrez en el pasillo.

–Mejor que guarden eso ya, ardillas, su papá los va a matar. de ajedrez en el pasillo.

–Mejor que guarden eso ya, ardillas, su papá los va a matar.

–Ni se va a dar cuenta –dijo Yuli, desafiante.

Pero faltaba una reina. La blanca. No estaba en el pasillo, ni en la rejilla donde se juntaban los sapos, ni adentro de los autos. Les saqué la masilla, desesperado, para ver si estaban en la carrocería, pero no estaban. Yuli le revisó la boca al gato, pero tampoco estaba ahí. La reina había desaparecido. Un rato antes estaba ante nuestros ojos, pero ahora ya no estaba más.

Estábamos llorando por dentro, porque papá sí que era amigo del cinto, a él no le molestaba pegar. Si descubría que no teníamos el juego completo nos iba a dar de lo lindo. Era muy chupamedias de su jefe, lo único que le importaba era llevarse bien con él.

Anita nos revoloteaba con una sonrisa. Entonces Yuli tuvo un ataque de locura:

–¡Fuiste vos, maldita! ¡Devolvernos la reina!

La agarramos entre los dos y le dimos vuelta los bolsillos del vestidito, la despeinamos, le revoleamos las tómperas, le abrimos todas sus cajitas de porquería, buscando. No encontramos nada, solo su cara llena de odio.

En eso llegó la mamá, pero Anita no le dijo nada. Acomodó sus cosas y aceptó ir a bañarse con los ojos bajos.

Nosotros guardamos la caja del ajedrez en el aparador. Anita volvió con un vestido nuevo y se sentó con sus cajitas maltratadas, sin mirarnos.

Yuli y yo fuimos a bañarnos y nos preparamos para lo peor.

El jefe vino y comió el besugo a la vasca que cocinó la mamá de Anita. Un plato horrible, un pescado muerto con ojitos, pero era la comida favorita de papá. Los dos tomaron vino. Era de la damajuana, pero la mamá de Anita ponía el vino en una botella linda, así que el jefe no se dio cuenta. Se reían y brindaron contentos.

Después del postre quisieron jugar al ajedrez.

Intentamos dejar la mesa con Yuli, pero papá no nos dejó.

–Quédense los tres, así aprenden a mover las piezas.

Anita le sonrió, siempre tímida cuando estaba él, y papá le devolvió la sonrisa. Pero Yuli se largó a llorar en silencio, cosa que me puso muy nervioso. Siempre que lloraba así me hacía acordar de cuando se murió nuestra mamá, que un día estaba bien y después ya no estuvo más.

La mamá de Anita levantó la mesa. Ellos abrieron la caja del ajedrez, sacaron el tablero y empezaron a acomodar las piezas.

Armaron la fila de peones y atrás los caballitos, las torres, los alfiles... cuando llegaron al corazón del juego, allí estaban las reinas. Las dos. La negra y la blanca.

Yuli y yo la miramos aturcidos. No entendíamos qué había pasado.

Papá y el jefe jugaron un partido peludo. Papá, que movía las blancas, transpiraba por el esfuerzo de pensar. Se rascó la pelada y vi una huellita de pintura blanca que le quedaba en la frente.

Miré las manos de Anita. Tenía los dedos manchados de blanco.

Entonces me concentré en la reina blanca. No era de marfil. Estaba hecha de miga de pan, como las estatuitas de animalitos que Anita hacía para guardar en las cajas de fósforos. La había pintado con témpera y la había secado en la hornalla, mientras Yuli y yo nos bañábamos.

La miré por primera vez a los ojos. Anita me estaba mirando desde hacía rato. La mamá trajo unas copitas de jerez para los jugadores.

–Váyanse ahora, ardillas– nos dijo en voz baja.

Los tres huimos de la mesa sin mirar atrás.

Mañana vamos a jugar con los autos en el pasillo. Yo voy a sacar el verde, el viejo, así le queda el azul para Anita.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

Para Lara

Marisa Amanda Goytia

Recuerdo el entierro de mi madre como si fuera una película: la cámara enfoca, desde arriba y se desplaza de izquierda a derecha. Los pocos asistentes formamos un semicírculo delante del féretro. En el extremo inicial está mi marido, Eugenio. Observa la nada. Indiferente. De tanto en tanto, mira con disimulo la pantalla del celular que tiene en la mano. A su izquierda, estoy yo. Llevo unos anteojos negros espejados apropiados para esconder mis ojos sin lágrimas. Estoy contrariada porque el cierre de mi vestido negro está a punto de reventar. El piloto que llevo encima disimula un poco los diez kilos que me regaló la menopausia. A mi izquierda está Anita y a su lado Rocío, mis hijas. Son dos gotas de agua. Del otro lado de las gemelas, está el Padre Joaquín con sus ojos piadosos. Él cierra el escueto hemiciclo. Hicimos juntos el secundario. Si no se hubiese hecho cura, yo no habría pisado nunca un confesionario. Nadie me conoce como él.

Dijo unas pocas palabras, hizo la señal de la cruz sobre el cajón antes de que lo bajaran al pozo.

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando salimos del cementerio, nuestros caminos se bifurcaron. Eugenio se fue corriendo al hospital. Tenía que revisar unos papeles antes del viaje a Zambia. Pensar que me enamoré de él cuando me dijo que su sueño era trabajar en Médicos sin fronteras. Cuando lo vi alejarse con tanta prisa, me tuve lástima. Mis hijas apuntaron hacia la otra esquina. Ni siquiera se tomaron la molestia de decirme a donde iban. Al menos, se dignaron a darme un beso antes de irse. — Lara, te acompaño a tu casa. ¿Querés? — Me susurró Joaquín.

— No, gracias. Prefiero estar sola. Voy a ir a la casa de mi madre, quiero abrir las ventanas y ventilarla. Hace casi un mes que está cerrada.

— Ok. Pero no esperes al domingo para desahogarte. Llamame a cualquier hora.

Mi querido amigo y confesor se alejó con su paso cansino. Con el ritmo de la vejez precoz de sus cincuenta años.

Media hora más tarde, llegué a la antigua casa donde habían transcurrido los días más tristes de mi vida.

Cuando entré al hall pasé delante del viejo espejo. No me reconocí. La imagen que me devolvía el reflejo no era la Lara cincuentona que acababa de enterrar a su madre. Era la Larita de doce años cuyo padre había desaparecido sin dar explicaciones. Vi a la niña que había encontrado sobre el mármol del dresoir una hoja con cuatro palabras: “Perdoname, hija. Olvidame. Papá” Me asaltó el recuerdo vívido del fatídico día.

— ¿Por qué se fue papá?

— ...

— ¿Por qué, mamá?

— Lo vas a saber cuando seas grande.

Ahora, quizás, tenía la oportunidad de descubrir el secreto.

Apenas puse un pie en el living, un olor intenso a cementerio me picó en las fosas nasales. Casi perdí equilibrio. ¿Me estaba volviendo loca? Por fortuna, vi que sobre el piano había un florero con margaritas marchitas. ¿Habría también comida podrida en la cocina? La sola idea me dio arcadas. Me fui directo al único lugar que me interesaba ver de la casa. La habitación de mi madre. El único sitio donde siempre había tenido la entrada prohibida.

El corazón me latió desbocado cuando apoyé la mano en el picaporte y abrí la puerta. Entraba un poco de luz por la persiana semicerrada. No había cuadros, ni adornos, ni fotos, ni espejo. Sólo una cruz de madera sin Cristo colgaba en la pared de la cabecera de la cama.

Me sorprendió el despojo. Era extraño que mi madre no hubiera conservado ningún objeto del negocio de antigüedades que mantuvo por años. El que cerró de un día para otro y que luego se incendió de manera inexplicable. A la derecha, sobre una pequeña mesa de luz se apilaban unos libros al lado de una vieja lámpara. La encendí. Entonces vi la cómoda, apoyada en la pared opuesta. Tenía cinco cajones. Los abrí de uno en uno, de arriba hacia abajo. Había ropa doblada, muy ordenada. Cuando llegué al último, constaté que estaba vacío, o casi. Solo había un sobre amarillento en el cual estaba escrito “Para Lara”. Mil imágenes me pasaron por la mente: recordé a mi madre siempre callada, detrás del mostrador de la librería que había abierto luego de alejarse de los objetos antiguos, mi madre sin amigos, con el rictus de tristeza dibujado a fuego en su cara. Tan escéptica. Resonaron en mis oídos sus consejos : “Desconfiá de todos, Lara, no hay gente buena en este mundo. Todos mienten”. Para contradecirla o para provocarla, me enamoré. Me casé con un joven médico, solidario, respetado.

La desafié, convencida de que yo no estaba condenada a la infelicidad.

-Él no se va a ir, mamá. Él, no.

-Si estoy viva cuando lo haga, no vengas a llorar - me respondió con un brillo apagado en los ojos.

El sobre era abultado y estaba cerrado con un lacre reseco que se despegó apenas lo toqué. Adentro, había una hoja plegada en dos y una bolsita de terciopelo negro. Leí la nota: "Mi querida Lara: deshacete del Kholafi. No lo saques de su estuche. Arrojalo al mar o al río, donde nadie pueda encontrarlo. Mamá"

No pude contener el llanto. Aún después de muerta, mi madre seguía hermética.

Me dejaba un enigma más.

Me escurrí las lágrimas con el dorso de la mano, decidida a contradecirla otra vez. Deshice el lazo rojo que cerraba la funda y encontré un anillo. Era de oro y tenía engarzada una piedra de facetas irregulares. Me lo puse en el anular izquierdo, tenía la medida justa de mi dedo. Parecía tener luz propia, tenue y blanquecina. Me acerqué a la ventana y levanté la persiana para verlo mejor, entonces observé que cambiaba de color con el sol se había vuelto verde intenso. No sé por qué, en ese mismo instante, pensé en Joaquín. Sentí ganas de estar con él en el confesionario.

¿Por qué mi madre me había dejado semejante mensaje? Lo atribuí a la inestabilidad que le habría traído el ostracismo. El anillo era precioso. Me lo dejé puesto y me fui para mi casa.

En el momento en que llegué a la puerta de mi edificio, salía mi vecina del quinto.

-Buenas tardes. El encargado me contó lo de su madre. Lo lamento.

-Gracias.

-¡Qué hermoso anillo! ¿Puedo verlo de cerca?

Me sorprendió. Nunca antes habíamos cruzado más que un saludo formal o algún comentario sobre el clima.

Se me acercó temblorosa, con los ojos fijos en la piedra que se había puesto verde.

-Yo no soy mala, se lo juro. Los mato para que no sufran, están hambrientos y sin hogar.

-¿De qué me está hablando? - le pregunté, atónita.

-De los gatos. Los gatos callejeros. Les tiro hígado de vaca con veneno. Se mueren rápido.

-¿Pero qué dice? ¿Por qué me cuenta semejante atrocidad?

La vieja me miró con el rostro desencajado. Se cubrió los ojos con las manos y salió corriendo.

El extraño encuentro me turbó. Decidí caminar unas cuadras antes de entrar en mi casa. Llegué hasta la esquina y vi que el verdulero estaba en la vereda. Acomodaba las manzanas con su manía de intercalar las rojas y la verdes como un cuadro abstracto. Lo saludé

- Buenas tardes, Anselmo.

- ¡Buenas tardes! ¿Qué le doy?

- Nada. Gracias. Solo estoy dando una vuelta. Necesito tomar aire.

Me dí cuenta de que estaba mirando mi anillo. Su gesto se hizo sombrío.

- ¿Sabe qué? La crisis me está matando. Cada día se vende menos. Yo no quiero estafar pero no me queda otra.

- ¿Qué?

En ese instante pensé que estaba soñando, que me había quedado dormida después del entierro y que estaba atrapada en una pesadilla. Me pellizqué la cara pero el verdulero seguía parado frente a mí con las mejillas que echaban fuego.

- Por eso arreglé la balanza. Se lo juro. Si no robo en el peso no me queda ganancia y tendría que cerrar. ¡Lo hago por mi familia!

La escena era absurda. Parecía una comedia de cuarta, macabra. Volví sobre mis pasos y fui directo a mi casa. Me refresqué la cara, me miré en el espejo del baño. Entonces vi el anillo reflejado. Sentí un deseo descontrolado de llamar a Joaquín. Necesitaba confesarme. Contarle... En ese instante, tuve una iluminación : la vieja y el verdulero se habían puesto a hablar de sus miserables secretos al mirar mi anillo. Me lo saqué sin mirarlo, me lo puse en el bolsillo y me fui directo a la computadora. Abrí Google y tecleé: KHOLAFI. La palabra que había escrito mi madre. La búsqueda me llevó a una serie de sitios. Dos en inglés, uno en árabe, otro en una lengua que parecía ser ruso o algo similar. En quinto lugar, había uno en español. Lo abrí. Era un artículo sobre una antigua sociedad de alquimistas que afirmaba la existencia de una piedra mágica engarzada en un anillo de oro de 24 quilates. La joya habría viajado de Oriente al Nuevo mundo en el siglo XVI y tendría el poder de hacer confesar los más profundos secretos a quien la mirara bajo la luz del sol. Bajé la tapa de la Laptop. Estaba consternada. Mi madre me había dejado un objeto embrujado. ¿Por qué no lo hizo desaparecer ella? ¿Por qué me dejaba esa tarea a mí? Me asaltaron mil preguntas e hice mil conjeturas. Todo me llevaba a pensar que mi padre le habría confesado algo terrible. Me acordé de mi vecina, del verdulero... de mi deseo irrefrenable de confesarme con Joaquín. Claro, todos escondemos algo. Apreté con fuerza el anillo a través de la tela de mi pantalón.

Mi marido llegaría de un momento a otro. Finalmente, iba a poder terminar con la duda que me carcomía desde hacía meses, iba a poder saber si Eugenio me engañaba con la Doctora Cardozo. Gracias a la piedra, iba a poder confirmar mis sospechas. Seguro que se acostaba con ella. De otra forma, no se explicaba los últimos tiempos sin sexo. Siempre me daba la misma excusa: el estrés del trabajo, la sobrecarga emocional con los pacientes...

Estaba desplomada en el sillón grande del living, cuando oí la llave que entraba en la cerradura de la puerta del departamento. Era Eugenio.

- Lara, sé que estás destruida. No me odies pero no puedo suspender el viaje a Zambia. ¿Lo entendés, no?

- me dijo con calma, como si hablara a una niña.

No abrí la boca. Giré la cabeza hacia él. Entre los dos parecía flotar una niebla nocturna. Me paré y me dirigí a la puerta vidriada que daba al balcón. Tenía puesto el anillo en mi anular izquierdo. La mano dentro del bolsillo del pantalón. Tragué saliva.

Se acercó a mi, me puso las manos en los hombros y me miró con una dulzura infinita.

- Lara, no sos la única persona que no llora la muerte de su madre.

Me abrazó. Me fundí en la tibieza de sus brazos.

- Andá tranquilo - me oí decirle - Estoy bien. Me voy a ir unos días al departamento de Mar del Plata. Me va a hacer bien estar un poco sola. - le dije, con la mano escondida en el bolsillo.

Ahora estoy parada en la escollera. Respiro el aire fresco del mar. Por primera vez en la vida, voy a obedecer a mi madre.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

Segundo Adiós

Maria Virginia Colella

Después de los bebés de probeta, de los drones y de la clonación de la oveja Dolly, la imaginación humana no conocía límites cuando se aplicaba a resolver un problema. Hacía años que las empresas de biotecnología peleaban cabeza a cabeza por derrotar a las peores enfermedades, a la decrepitud o a la muerte. Se esperaba de un momento a otro “el gran anuncio”, aunque nadie sabía de qué se trataría.

Se citaron de noche, en un restaurant del puerto a kilómetros del lugar donde trabajaban los investigadores y los directores del instituto. Lo que los investigadores aseguraron que podían hacer voló la dura tapa de los cráneos vascos de quienes los escucharon. No, no era posible. “Tenemos que pasar a la fase siguiente de la investigación. Y hace falta más plata”. Los tres hombres canosos y el calvo se retiraron a discutir el asunto en privado. Tal vez debían dar una oportunidad a esa locura. Porque era locura, ciencia ficción y el sueño de la humanidad al mismo tiempo.

La noticia se filtró antes de tiempo y el experimento se les escapó de las manos antes que estuviera a punto. Los finacistas tomaron las riendas y fundaron una empresa: ¡Por fin algo que daría plata! Los científicos insistían en que había problemas sin resolver, que hacía agua por varios lados y variables que hacían peligrar el asunto.

“Segundo adiós” ofrecía un encuentro de cuarenta minutos con una persona fallecida, revivida. Se descartó la palabra resucitada por motivos religiosos. Desgraciadamente no podían revivir a las personas más que ese lapso de tiempo, explicaban, y después se procedía a una cremación obligatoria y definitiva.

Tras el anuncio hubo protestas en varias capitales de occidente, algunos querían revivir a Einstein, a da Vinci, a Jesús y otros a Hitler y a Napoleón. Las facciones peleaban encarnizadamente entre sí. La iglesia la decretó contraria al derecho natural y otros credos también. Algunos gobiernos se pronunciaron y otros quedaron expectantes. La humanidad no hablaba de otra cosa.

La empresa que comercializaba el servicio optó por darle un cariz festivo. Se celebraba el reencuentro con el revivido en el marco de una lujosa recepción, casi una fiesta, con mozos, cocteles, bocadillos y música. Cuarenta minutos de interacción con el revivido valían varias fortunas.

Para promocionarse la empresa revivió a Marilyn Monroe. A pesar de la curiosidad fueron muy pocos a la recepción. La bella en la plenitud de su esplendor volvió a sentirse sola y abandonada; y borracha como la primera vez, cantó el Happy birthday Mrs. President, para el reducido grupito que había asistido, incrédula de que el presidente hubiera muerto también.

Después hubo un boom entre la realeza europea. Mantenían el proceso en el anonimato y no contribuían a promocionarlo. De a poco se fueron animando clubes de fans, como los de Michael Jackson y Elvis Presley, que recaudaron en todo el mundo para verlos otros cuarenta minutos en plenitud. Aún así la gente descreía, decía que eran dobles, hologramas o robots. Las familias o no tenían presupuesto o no se animaban. La cosa no se masificaba como habían pensado. Después de la euforia venía la depresión, aseguraban quienes habían asistido a un “Segundo adiós”. Y tuvieron que recurrir al dos por uno.

Así llegó a Buenos Aires, en plan promocional. No se cómo me contactaron. Revivirían a una pintora, conocida de mi padre, y me ofrecían tomar el segundo servicio en forma gratuita. ¡Quién podía negarse! Hacía cuatro años que extrañaba a mi papá. Yo le hablaba y él me sonreía desde la fotografía en mi mesa de luz. El evento sería al día siguiente. Demasiado pronto para convocar a los conocidos. Por una vez fui egoísta. Si tenía cuarenta minutos, quería cada segundo para mi sola, además me sentía una colada en fiesta ajena. Y así llegué esa noche, a una casa señorial de la avenida Quintana con mi vestido de fiesta, maquillada y los rulos apretados en un rodete. En cuanto entré un mozo me enchufó una copa de no-se- qué en la mano. La pintora, vestida de terciopelo bordó y mucho más joven que cuando yo la había conocido estaba tan ocupada en tomar remedios que no se relacionaba con quienes habían ido a verla. Sacaba un comprimido de una carterita de fiesta, lo trituraba, lo disolvía en una cucharita, controlaba el reloj y se lo tomaba; y empezaba el proceso otra vez, desechando con un ademán a quienes se acercaban a saludarla. Me molestó ver a dos hombres vestidos de etiqueta que la flanqueaban como guardaespaldas.

- Son los cuidadores—me explicaron, mientras me entregaban un folleto— ¡No se les puede perder el revivido! Si desaparece durante el servicio puede alterar el equilibrio energético. Se necesita mucha energía para activar los ATP de cada célula y que tenganese aspecto tan jovial. Por eso no se puede extenderlo más. Ya es un riesgo alterar por cuarenta minutos el tiempo. Si se altera la relación del espacio-tiempo y pasan vivos a otra dimensión quedaría un hueco de energía negativa que los científicos aún no saben

como compensar. Normalmente, se produce una combustión controlada que recupera la energía entregada.

La orquesta tocaba un vals y tocaron mi hombro por detrás: ahí estaba mi papá de unos cuarenta y pico, con su campera amarilla invitándome a bailar. Sólo él era capaz de algo así, de presentarse a un evento de etiqueta con la campera amarillo yema de huevo que se había traído de Brasil, y que tan bien combinaba con sus ojos verdes. Lo hacía de excéntrico, para desafiar. Mi padre la usaba para dar la primera impresión pero se la sacaba en cuanto podía porque era incómoda. Cariñosamente, porque se había en cariñoado con ella, le decía “mi elegante chaleco de fuerza”. Nos hamacábamos al compás del vals, mi cabeza en la curva de su cuello, percibí su fragancia de Agua Brava y se abrieron mis compuertas: lloraba y lloraba y de todo lo que había pensado no pude decirle nada porque el nudo en la garganta dolía. ¿Sabés que estás muerto? . Shhh ¿que esto dura cuarenta minutos? . Si. ¡Disfrutemos! ¿Te acordás lo que te enseñé cuando no te dejaban patinar?. El resto del salón desapareció para mí. Éramos él y yo en ese vals-abrazo que deseé interminable. Hubo protestas en voz alta cuando los cuidadores se llevaron a la pintora que siguió tomando pastillas, mientras la arrastraban, cada uno de un brazo. Protestaban los invitados que no habían podido hablar con ella. Protestaba la pintora porque le faltaba la pastilla de la diabetes que era muy importante. Mi papá sonreía. Yo sólo podía llorar y llorar. Era consciente de que con cada latido se iba un segundo precioso. Y él me decía que todo estaba bien del otro lado, que no debía apenarme. Estaba agotada, vacía por dentro. Como si me hubieran ahuecado quitándome la capacidad de emocionarme más. Asentí con la cabeza y junté fuerzas para sonreír, pero no me salió más que una mueca. Sabía que vendrían por él muy pronto, le apreté la mano y me dirigí a un sillón tras un cortinado para tener mi rabieta en privado asumiendo que me seguía. Mi papá, en cambio, se puso a hacer sociales con otros invitados, se escabulló entre la gente y lo perdí de vista.

De pronto hubo corridas, los del servicio se hablaban en voz baja por los intercomunicadores, se asomaban por las ventanas que daban al extenso parque. Parecía una coreografía, se juntaban y se separaban presurosos, caminando veloces en todas direcciones. Estaba claro que había un problema, que algo no estaba saliendo según lo planeado. Cada vez había más hombres de negro aglutinados como hormigas que me miraban. Yo los veía despojada de emoción.

A cuál de todas las cosas que me había enseñado mi padre habría aludido...patines...Mar de Ajó... “No aceptes un no. Si querés, podés. Si te lo proponés, lo conseguís”. Yo los veía, indiferente hasta que a lo lejos uno se destacó. Entró por un ventanal que daba al parque con la campera amarilla en la mano. En cuanto la vi supe que mi padre los había burlado y se había escapado. Fue mi momento de sonreír.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

Quirófano

Fernando Antonio Casiraghi

Dr. Benítez: No sé cómo explicar lo que pasó. Le doy vueltas al asunto y no le encuentro la punta al ovillo. Todo estaba perfecto. El paciente compensado, totalmente relajado. Ya le había aplicado anestesia para todo el procedimiento Lipinski me pidió que no lo intubara porque pensaba hacer rápido. Me quedo mirando el monitor, como siempre y le doy el OK a Lipinski. Cuando empieza con la primera incisión, el tipo se incorpora de golpe y pega un grito espantoso.

En el movimiento tira el pie de suero y se le sale la vía. La instrumentadora se asusta, se va para atrás y tira toda la mesa. Es la primera vez que me pasa una cosa así. Repaso todo y no entiendo. ¿Estaría vencida alguna medicación? Es una posibilidad, tengo que admitirlo. Aunque la enfermera me alcanza los frascos y ella también suele mirar las fechas de vencimiento. Que se nos haya pasado a los dos es muy raro. No sé... no sé. No encuentro ninguna falla en la técnica, pero hay que admitir que uno es humano y está expuesto a equivocarse. La otra posibilidad, aunque remota es que las etiquetas de los tubos de oxígeno y de óxido nítrico estuvieran cambiadas, por error del proveedor o, lo que sería más grave, sabotaje. No sería la primera vez. Esto hay que investigarlo para deslindar responsabilidades. También habría que repasar la historia clínica del paciente, quizás omitió mencionar alguna alergia a la medicación o antecedentes de episodios similares. Lo voy a volver a interrogar...si vuelve. Se debe hacer todo lo necesario para que esto no se repita. Profesionalmente esto me afecta sobremanera y en caso de que se encuentre alguna acción dolosa o incompetencia por parte del personal del sanatorio o de cualquier otra persona, me reservo el derecho de denunciar el hecho ante la Sociedad de Anestesiología.

Dr. Lipinski: Fue un día del orto y terminó peor. No se puede trabajar con un solo quirófano. Estábamos atrasados ya desde la mañana y para colmo antes operaron los traumatólogos que dejan todo sucio. Hubo que esperar una hora más hasta que limpiaran. El asunto es que empezamos a las once una cirugía que estaba programada para las siete de la tarde. Para ganar tiempo le dije a Benítez que empezara con la

anestesia mientras yo me lavaba y que en principio no lo intubara. Cuando entro, el paciente, según Benítez, ya estaba listo. Alejandra me pasa el bisturí y en ese momento el tipo se incorpora de golpe y el boludo de Benítez pega un grito que se debe haber escuchado en planta baja. Se cae el pie de suero, la vía se le sale al carajo y escucho que la mesa de instrumental se va al piso, no se si la tiró el tipo o Alejandra. Por suerte no había empezado a cortar, porque si no lo ensartaba como churrasco de croto. Increíble. Una operación pelotuda de media hora como mucho. Al tipo lo volvimos a acostar y siguió aparentemente apoliyado pero ya no lo podíamos abrir, porque, por supuesto, no había más material estéril y hubo que bajarlo al piso. A la familia le dije que no respondió bien a la anestesia y que por precaución suspendíamos la cirugía. Se quedaron tranquilos, por ese lado estamos bien. Lo único que me faltaba es que me putearan. Lo mandé a la casa, porque hasta la semana que viene no lo puedo operar y no lo voy a dejar internado cinco días por una hernia de mierda. Ya les dije a Alejandra y a la enfermera de quirófano que cerraran el pico y no comentaran nada. Porque lo único que hacen bien es hablar boludeces.

Alejandra: Ni idea. Lo único que sé es que seguro que van a tratar de echarnos la culpa a nosotras, como siempre. Aparentemente, Benítez lo había dormido. Estaba todo bien, aunque a esa hora todos estábamos cansados y con ganas de irnos a casa. Entra Lipinski, a las puteadas como siempre y Benítez le dice que el paciente está listo. Cuando le paso el bisturí a Lipinski el paciente se levanta de golpe, Nancy se asustó y pegó un grito y Benítez, que ya estaba por salir para fumarse un cigarrillo, como suele hacer, se da vuelta, golpea el pie de suero que se cae, Lipinski se va para atrás y tira la mesa de instrumental. Me quería morir, porque no tenía otra caja de cirugía y Lipinski me iba a echar la culpa a mí, por supuesto. Como si yo tuviera la culpa que él tirara la mesa o que no hubiera más material estéril. Qué pasó?...no sé. Para mí que Benítez lo anestesió mal, o el paciente tuvo una convulsión, otra cosa no se me ocurre. Pero si los médicos no saben, mal puedo saber yo. Además ellos nunca se equivocan, siempre las macanas las hacemos los técnicos. Y todavía tenemos que soportar que venga el mano larga de Lipinski a gritarnos y decirnos que no andemos hablando de cosas que no sabemos. A usted le parece? Una se queda hasta cualquier hora, no nos pagan horas extras y encima tenemos que aguantar que nos maltraten.

Nancy: Nada que ver, el paciente estaba redormido, se despertó como a las dos horas después que lo llevaron a la habitación. Al menos así me dijo la enfermera de piso al otro día. Todos saben lo que pasó, pero nadie lo va reconocer. Lipinski desde la tarde que estaba caminando por las paredes...para mí que estaba empastillado. La pobre

Alejandra estaba desde las 8 de la mañana sin salir del quirófano, le tuve que abrir yo la caja de cirugía porque ya no tenía fuerzas. Benítez venía de una guardia y se quedaba dormido parado, la medicación se la preparé yo porque no podía ni leer las etiquetas. Yo estaba bien, llego a las 2 de la tarde o sea que apenas había terminado mi turno normal. Yo sé lo que pasó. Usted no me va a creer, por supuesto, pero piense un poco. Yo estoy a la cabecera del paciente, a mi derecha está Benítez. A mi izquierda Lipinski y después Alejandra. De golpe el paciente se levanta y se escucha un grito, se cae el pie de suero y la mesa de instrumental vuela dos metros. Antes que nadie se moviera. Fue el Dr. Montoya, póngale la firma. A mí no me cabe ninguna duda. Yo no lo vi esta vez, pero estoy segura que Benítez sí porque se puso blanco como un papel. Pero nunca supe que hiciera algo así, ni que hubiera gritado. En general es de andar paseándose o haciendo alguna travesura como esconder una tubuladura o desordenarle la mesa a las instrumentadoras. Una vez le apagó la cialítica a Lipinski cuando había empezado a suturar, tuvieron que ir a buscar una linterna para terminar y cuando dió el último punto se la prendió de nuevo. Lipinski puteó a toda la guía telefónica. Tengo una foto que me mandaron al celu hace un tiempo, espere... Acá está. Vea. Ahí, atrás del carro de anestesia. Está borroso, pero si se fija en el reflejo en los azulejos se ve clarito. Ah...veo que se le borró la sonrisa. Para mí que algo no le gustó y decidió suspender la operación. Además, con Lipinski siempre se llevó mal. Desde que se murió, Montoya anda dando vueltas por el quirófano, todo el mundo lo sabe menos usted. Para mí que extraña.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

Estado Físico

Nestor Federico Castiñeiras

Básicamente, su cuerpo consistía en un escaso metro sesenta y dos de pura maldad. El enano se paseaba, vestido en un impecable equipo de gimnasia azul oscuro, con una impunidad sostenida en su posible pasado como milico, o capaz que oficial de policía, con el bigote de botón tan afecto a las personas que adoran las actividades represivas. Pero tenía una característica indisimulable. El muy maldito era invencible. Había resistido los cambios de autoridades debidas a los vaivenes políticos del país, manteniéndose como casi el único sobreviviente de las camadas de profesores que habían pisado el glorioso ENET desde el dictado de su fundación hasta la fecha. El muy podrido disfrutaba con un placer casi sádico en aplicar la disciplina con castigos que iban más allá de la amonestación, de la simple reprimenda. Entiéndase bien. no es que no fuera necesario controlar un poco a los muchachones que íbamos a desentrañar los misterios del cálculo, del dibujo técnico, de las horas de taller. Éramos intratables. Nos rateábamos, nos escapábamos al campito de al lado del colegio, cuando sabíamos que entrenaba Corbata, aunque fuéramos de Independiente, lo juro. Pero a la vuelta, el enano nos esperaba en la entrada, con la media sonrisa de un villano barato, para repartir amonestaciones, tareas de castigo, y lo que fuera que a su podrida cabeza se le ocurriera para humillarnos.

Decir que lo odiábamos es llamar descortés a Hitler. El enano era una pesadilla, que amargaba todos nuestros días. Es más, cuando nos otorgaron el orden de clases, al principio del año lectivo, cuando lo nombraron a cargo de las clases de química, de educación física, y de preceptor, pudimos escuchar un soplido de alivio que provenía del resto de los labios que no eran los nuestros. Ni sabíamos lo que se nos venía encima.

Encima de todo, era perseguidor. Nos estaba encima todo el tiempo, vigilando, bien botón, y provocándonos, para que hiciéramos alguna macana para arruinarnos la vida. Así era el enano. Tenía cosas de un reverendo hijo de su madre. Una vez, estábamos en clase de dibujo técnico. Todos contra el tablero, con los plumines, los tinteros, con cuidado de no manchar el laburo. Abel Fratto era el que mejor dibujaba. Tenía una muñeca increíble. Pero siempre tenía algún defecto en el uniforme, y el enano lo marcaba en la puerta.

Tenía una libretita donde no sé qué corno anotaba, pero escribía y hacía que no con la cabeza. Ese día, la corbata de Abel estaba torcida por demás, y el muy maldito lo levantó en peso adelante de todos. Pero Abelito, chasqueó los labios con disgusto y lo dejó hablando solo. ¡Eso sí que no! El muy desgraciado tuvo su venganza.

El enano esperó a que llegara la clase de dibujo, y entró sin hacer ruido, en su rol de preceptor. Le hizo una seña al profesor y se puso a pasear entre los bancos. Cuando llegó al de Abel, vio que casi había terminado. Era el dibujo de una pieza cilíndrica, medio complicada, y Abel la tenía impecable, casi lista. Entonces el enano, que sin hacer ruido por usar zapatillas, estaba casi a las espaldas de Abel, se le acercó al oído, y en el medio del silencio, le dijo con voz altisonante:

-¡Muy bien Fratto! ¡Lo felicito!

Pobre Abel. Tan concentrado estaba, que del sobresalto se sacudió y sin querer tiró el tintero, los plumines, todo arriba de la lámina, arruinándola por completo. Después, el muy falso se deshizo en disculpas, pero todos supimos enseguida que había sido a propósito, por el desplante de la entrada.

- A este enano hay que matarlo -sentenció al otro día, antes de entrar, el Chango Coria. Coria era una especie de rebelde sin causa. Un verdadero luchador contra la autoridad. Fumaba, era canchero, y para nosotros era un poco el líder. Con los años, enfrentado a otro tipo de persecuciones, terminaría abriéndose paso a los tiros frente a una patrulla militar para terminar escapando a España. Pero esa es otra historia-. Algo tenemos que hacer.

El caso era que el colegio estaba en permanente construcción. Siempre había que ir a colaborar para terminar un aula, pintar, o lo que fuera. Sabe Dios qué milagros tuvo que hacer la Asociación Cooperadora para conseguir plata, pero la gente donaba, y con el trabajo de estudiantes, profesores y vecinos, el colegio se iba armando. Eso sí: no lo iban a ver al enano levantando una pala. Nunca. El tipo inventaba las mil y una excusas para no aparecer nunca en esos sábados. La solidaridad le era un concepto muy ajeno a semejante botón.

Coria entonces decidió declararle la guerra. Se escapó disimuladamente al paredón de enfrente del colegio, y con la misma pintura blanca que estábamos usando, le escribió: “¡Petiso morfón!”

El lunes, al entrar todos, el enano estaba lívido. Hizo una denuncia por vandalismo, y quería hacer entrar a la Policía para encontrar a los que habían escrito semejante insulto. No sé como fue que zafamos, pero como consecuencia, la persecución aumentó desde ese día a niveles insospechados.

Como primera medida, empezó con la Tabla Periódica. Porque no nos olvidemos, era profesor de química, también. Se ve que lo único que había aprendido de química el petiso era eso. Nos la hizo memorizar, y la usaba para que pasáramos a dar lección. Entraba todos los días al aula, agarraba el listado de nombres, y llamaba. Empezaba

a hacer preguntas hasta que el pobre de-signado se derrumbaba derrotado, al no saber alguna de las respuestas, un cero, pedido de presentación de padres y tutti li fioqui. Y después seguía con los sulfitos, los sulfatos, o lo que fuera que se le ocurriera para hacernos caer. Era imposible que nos pudiéramos aprender todo esa información de golpe. Pero el enano, sabía que era su arma letal y la empuñaba contra nosotros. Hasta que le tocó el turno al Bulga.

Krasimir Borisova era hijo de búlgaros, y como nosotros por ese entonces no éramos ciudadanos del mundo, antes que tratar de a-prendernos el nombre, lo transformamos en el Bulga. Era un muchacho grandote, más bueno que la Vitina. Pero el enano le tenía especial inquina. No es que fuera lento, pero el Bulga tenía una parsimonia desquiciante; capaz porque todavía no hablaba bien el castellano. El caso es que el petiso lo creía comunista, o tenía una fantasía por el estilo. Pero seguía con sus abusos porque el Bulga, de tan bueno, nunca le decía nada, nunca le respondía. Hasta el día en que le tocó pasar al frente.

El resto de nosotros, enseguida nos dimos cuenta de que eso iba a ser una carnicería.

El enano se regodeó unos minutos y le espetó:

-¡A ver Borisova, escriba “Cloruro de sodio”!

El Bulga nos miró a todos con terror en los ojos. No la sabía. Entonces, no me acuerdo quien fue el del arrojo, alguien le mostró, sin poder evitar algún revuelo, las cuatro benditas letras, con mímica, con papel escrito, con lo que fuera. El Bulga se aferró al dato como un náufrago que ve un pedazo de madera flotando, y escribió con letra redonda: “NaCl”.

-¡Silencio! ¡Silencio todos!

Nos callamos. Ahora sí que el Bulga estaba frito. Pero nunca previmos lo que vendría a continuación.

Impuesto el momentáneo orden, el enano lo miró fijo al Bulga, y le preguntó:

-Bien. Ahora, dígame usted entonces, ¿qué estado físico tiene?

Se ve que en su país el uso de la coma era distinto. Porque el Bulga, sin saber lo que iba a ocasionar, se miró de los pies a la cabeza, y sorprendido, con ese tono de voz sereno, poco diáfano pero perfectamente comprensible, le contestó sinceramente:

-¡Bastante bueno, profesorrrr!

Para qué.

Nos empezamos a matar de risa. El enano no pudo controlar la situación.

Gritos, amenazas, nada nos pudo hacer callar. El Bulga nos miraba sin comprender.

Para él, el enano le había preguntado por su condición como para dar inicio a algún tipo de analogía. Pero no importaba. Lo había puesto en ridículo. Sin querer, pero en ridículo.

La hazaña del Bulga trascendió las fronteras del aula, y muy pronto, todos, mancomunados en el odio a semejante porquería de persona, cada vez que lo veíamos pasar con su impecable equipo de gimnasia, le gritábamos: “¡Estado físico!”. El enano se ponía como loco. Pasaba por un corredor, y el que estuviera, una vez que hubiera caminado unos pasos, le susurraba: “¡Estado físico!”. Lo encontrabas en la calle, y lo saludabas con desgano, y después, sabiendo que lo iba a escuchar, “¡Estado físico!”. Hasta los profesores, que mucha simpatía no le tenían, también cuchicheaban a sus espaldas. Pero ya les dije, el tipo era, además de un asco, invencible.

Empezó por pedir la expulsión del Bulga. No lo echaron. Pero logró que lo suspendieran y nos hizo perseguir hasta que quedamos todos más o menos al borde del raje. Lo peor fue ir hasta la casa del pobre Krasimir, para enterarnos que el viejo lo había molido a palos por “la deshonra”, de haberle contestado mal a un profesor, por todas las mentiras que el enano les había hecho creer para perjudicar al pobre Bulga. Entonces, decidimos borrarlo -literalmente- de la faz de la tierra.

El plan de Coria -cuando no- era bastante sencillo. El colegio estaba en permanente construcción, como les dije, y había en la entrada, un pozo, quizás la tapa de inspección de la cloaca, no recuerdo bien que era. Pero sabíamos que era profundo. Ahora te harían un juicio por tener las instalaciones en ese estado, pero en aquel momento, uno las esquivaba y seguía su camino. La idea era reemplazar la tapa con una de madera balsa, para que el enano pasara por ahí y se fuera estrepitosamente al diablo. Que se pudiera matar, mucho no lo consideramos. Simplemente, queríamos mandarlo, metafóricamente o no, al mismísimo infierno.

Estuvimos dos semanas preparando todo. Con tres tablas birladas del taller, hicimos la tapa. Abel consiguió óleos para que quedara símil madera. Hasta la veta de los tablones le dibujó. Coria dirigía todo. Y los demás, ayudamos en lo que pudimos. Hice el borde de metal, que me quedó mejor que el original. El caso fue que no recuerdo bien como, una tarde la pudimos cambiar, y esperamos al día siguiente la llegada del enano maldito.

Llegamos más temprano que de costumbre, para poder ver la caída y sobre todo, para cuidar que nadie más caminara por ahí, no fuera que tuviéramos que lamentar una víctima indeseada. Todos reunidos, todos juntos, al acecho.

Uno de los chicos avisó que estaba en la esquina, y por reflejo, nos paramos todos detrás de la trampa, para indicarle al petiso la trayectoria de su segura defunción.

El muy taimado no sospechó nada. Ni siquiera sospechó lo que se le venía. Con su equipo azul de gimnasia -se ve que era inmune al frío el desgraciado-, apenas levantó la vista mientras subía los escalones de la entrada.

Dio un paso en dirección a la trampa. Después otro. Y otro más. Y cuando empezaba a mirarnos para seguramente darnos el primer reto del día, pisó la falsa tapa y desapareció con un estruendo estentóreo de nuestra vista.

¡Bloom!

Nos miramos a los ojos. Después del impacto, no hubo risas. Abel, pálido, susurró:

-¡Se mató! ¡Se mató! ¡Matamos al enano!

Nos fuimos acercando cautelosamente hasta el borde del precipicio. No se escuchaba sonido alguno.

¿Y si había pegado contra el borde y se había muerto?

Fue entonces, que mirando hacia la oscuridad, hasta las profundidades de lo que habíamos decidido para su destino, comenzamos a escuchar sonidos raros, resoplidos, y finalmente la cabeza llena de polvo, el equipo sucio, pero una sonrisa triunfal. Se había vuelto a trepar hasta la superficie. Y cuando quedó suspendido en el aire, con los codos apoyados en el borde del pozo, nos miró y sentenció con la alegría del que sabe invencible:

-¡Qué estado físico que tengo!



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

El pibe la rompió

Ricardo Jacinto Capara

Cuando el pibe nació, su padre salió corriendo a comprarle la número 5. Blanca, como pintada a mano. Este va a ser un grande, le dijo a todo el mundo. Va a manejar las dos piernas, le dijo a la partera. Está condenado a ser una estrella del balonpié, les dijo a sus amigos del club. Nos va a salvar, le dijo a su esposa.

El pibe dormía con la pelota en el moisés. Casi no había lugar para él, pero lo importante para el padre, era que el pibe conviviera con la de gajos desde antes de aprender a caminar. Desde chiquito se tenía que acostumbrar a tener el mundo a sus pies. Cuando se paró por primera vez intentó avanzar sacando primero su piernita derecha hacia adelante y le dio de lleno a la bola que recorrió 30 centímetros. El padre salió disparado a contarle a sus amigos del club, “El Progreso de Castelar”, que había nacido un crack que nos iba a dar el título mundial en 20 años. Su madre salió disparada al hospital con el pibe en brazos y lleno de sangre por el labio partido, al caer de bruces y de frente después de tropezar con la pelota.

A medida que el pibe crecía. Su padre le enseñaba todos los secretos del deporte más popular del mundo, y él lo aprendía bastante bien. Lo hacía a veces a coscorriones, pero lo hacía. En el barrio era el mejor, como si haber convivido con la pelota desde que nació, hubiera sido un acierto que por supuesto enorgullecía al papá. Con este pibe nos vamos a vivir a Europa, mi amor, te lo aseguro, no sabés como juega, la rompe, la deja chiquita así. La madre del pibe, planchando, cocinando o mirando la novela de la tarde por la tele, sólo movía la cabeza comentándole sin mucha convicción a un soñador empedernido, no deberías buscar trabajo, hace tres meses que no hacés nada. Ya voy a conseguir algo, no te preocupes, la tranquilizaba él. Pensá una cosa... pensá por Dios... Vamos a vivir en Madrid o en Milán o Londres, me entendés, yo me tengo que preocupar por el pibe porque es oro en polvo, podés entender eso... Poné a calentar el agua y hace unos mates, dale viejita y dejááá de hacerte probleeeeemasss... Este pibe nos salvó, entendés.

El pibe no sólo jugaba bien al fútbol, sino que dibujaba muy bien. La madre estaba chocha por los dibujos que hacía su hijo. Mirá viejo, diseña moda como Christian Dior o Cocó Channel o... Quééé, qué es esto, estalló el padre del pibe un día. Qué es esta porquería... Andá a jugar a la pelota, andá... No te quiero verte más haciendo estas mariconeadas, me escuchás.

El pibe no sólo jugaba bien al fútbol, sino que dibujaba muy bien. La madre estaba chocha por los dibujos que hacía su hijo. Mirá viejo, diseña moda como Christian Dior o Cocó Channel o... Quééé, qué es esto, estalló el padre del pibe un día. Qué es esta porquería... Andá a jugar a la pelota, andá... No te quiero verte más haciendo estas mariconeadas, me escuchás.

Una noche, cuando estaban a punto de cenar, llegó el padre excitadísimo, transpirando; asustaba su estado emocional sobre todo por sus ojos que se le salían de la órbita como si hubiera visto a mismísimo Godzilla comiendo un filet de merluza en la vereda. Ya está... empezá a vender los muebles... en dos años nos vamos a vivir a Europa. Qué pasa, dijo su mujer asustada, estás loco, si con la plata que tenemos no podemos ni ir al centro a comer una pizza en Las Cuartetas. Qué pizza ni que ocho cuartos, le conseguí una prueba al pibe, entendés eso, una prueba en un club. En dos años va a estar jugando en el Real Madrid... o en el Manchester... o qué te parece el Milan. Vas a vivir como una reina, por Dios nos salvamos... Por fin, gritaba juntando las palmas de las manos y elevando su vista al techo de la cocina.

El pibe y su madre, serios como Buster Keaton, no sacaban los ojos del padre que los miraba esperando una reacción que se hacía esperar. Qué me miran así, y vos, se dirigió a su hijo, preparate que mañana a la mañana te toman la prueba. Dónde es eso, preguntó la madre. En Deportivo Merlo, me lo consiguió el Moncho... un amigo del "Progreso" que tiene un amigo que... Sí, qué pasa, de ahí a River o Boca hay un paso y luego Europa está a la vuelta de la esquina... Pero mañana tengo clase de dibujo en la Academia de Diseñ... De qué hablááásss... tu futuro está en los pies no en la mano, dejate de jo... Ahora comé bien que mañana tenés que estar fuerte como un toro.

De qué juega el pibe, preguntó el entrenador. De Diez, maneja las dos piernas y tiene una visión en la cancha para ser conductor que ni le cuento, le aseguró el padre con una ansiedad que se salía de la vaina. Empezó el partido, el pibe se estacionó en el medio de la cancha como para manejar los hilos del equipo que le tocó en suerte. Digo bien se estacionó, porque de allí no se movió ni a garrotazos. La pelota le pasaba a diez centímetros y él no movía los pies ni para atrás ni para adelante. Clavó los ojos en la gramilla como si estuviera hipnotizado por el verde del pasto. Corré, paspado, le gritaban sus compañeros de equipo. Movete pibe, gritaba el entrenador. Agarrala... Por Dios, agarrala, gritaba el padre en un estado de desesperación que preocupaba. Pero no hubo caso... el pibe se clavó en el medio de la cancha como un poste. Sale el pibe, entra el morochito de rulitos, dijo el entrenador. ¡¡Nooooo!! Gritó el padre como si le hubieran clavado un puñal en el medio de la panza.

El pibe, después de recibir docenas de coscorriones en la cabeza de parte del padre durante el viaje de vuelta a casa, se fue directamente a su cuarto pasando por la cocina y sin saludar a la madre. Sabés que hizo, sabés, ni se movió el inútil, ni un dedo movió, me arruinó la vida, eso hizo... Por favor, quedate tranquilo, te va a hacer mal, estaría nervioso, trató de calmar a su marido la madre del pibe. Tranquilo... yo lo mato, vociferó el padre y fue como una bala al cuarto del pibe. Abrió la puerta y entró dispuesto a todo. Casi le agarra un ataque de ambulancia al ver la siguiente escena: El pibe, sentado en el piso con un cuchillo enorme de cocina en su mano, la misma con la que dibujaba tan bien, había cortado en pedacitos la inmaculada, gloriosa, hermosa pelota que el padre le compró cuando nació. Gajo por gajo la desmenuzó. Como una naranja la abrió. El pibe... la rompió. Hoy, el pibe, ya no es un pibe. Se convirtió en un exitoso diseñador y empresario de la moda. Vive en un piso en Recoleta rodeado de bellas modelos. Le compró a sus padres una hermosa casa en Castelar con piscina, parque, y la amuebló de pe a pa. No hay madre más orgullosa y feliz que la del pibe. Sabés qué, vieja, deberíamos haber tenido una nena, dijo el padre recostado en una reposera, tomando sol al lado de la pileta climatizada. Si, hubiera sido lindo, comentó la madre podando las hojas secas de las rosas del jardín. Si, te imaginás, hubiera sido tenista, siguió el padre, Como la Sabatini, y hoy estaríamos viviendo en París o Montecarlo... Dios mío, en Montecarlo, enfrente mismo de la casa de la Carolina. De qué Carolina. De la de Mónaco, la princesa esa... Dios mío, de todo lo que nos perdimos por este pibe cabezadura. Qué hacemos en Castelar, decime, qué hacemos acá, decime por favooooorr.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

Un cambio de vida

Alberto Francisco Boccacci

Un relato verídico

Fue por el año 1996

Habitaba yo con mi esposa una unidad funcional en el primer piso de un edificio en propiedad horizontal de seis departamentos. Calle Cochabamba al 4.000 . Mis tres hijos estaban ya casados, cada uno en su propio hábitat.

A raíz de un accidente mi esposa estaba casi ciega y en silla de ruedas. Yo estaba autorizado por mi Parroquia a llevarle la Eucaristía todas las semanas.

En una de esas mis funciones parroquiales llego a mi casa. Una linda mañana soleada. Serían las 10 de la mañana. Cruzo la calle. Me arrimo a la puerta de entrada. Y mientras saco las llaves de mi bolsillo y abro la puerta, oigo a mis espaldas: -Buen día señor. Apenas me pude dar vuelta, porque habían convergido hacia mí cuatro hombres jóvenes que casi no me dejaban moverme.

Dos, con sendos multímetros con sus respectivos cables sensores colgando.

- Somos de Edesur. Se ha detectado una fuga de corriente importante en este sector de la manzana. En sus birretes se leía “Edesur”.

Tendríamos que revisar el panel de las llaves de corte termomagnéticas. Lo molestamos no más de 5 minutos. - ¿Su nombre, señor?

- Alberto.

¿Qué departamento habita don Alberto?

- Subiendo la escalera, al fondo del pasillo. Dpto.F

No me gustaba nada lo que estaba viviendo. Me sentía acorralado. Casi empujándome a que entrara. Estaba entregado. Casi me obligaron a que entrara. Eran cuatro contra uno. En la salita de las llaves de corte y de los medidores los vi actuar como marionetas. Todo un teatro. Yo tranquilo, encomendándome a lo que llevaba en una cajita metálica dorada colgando del cuello. Pensé que si no les seguía la comedia, podía ser peor.

Yo tenía 70 años.

El aparente jefe de la cuadrilla se dirigió a mí:

-Don Alberto, es evidente la fuga, justo en su departamento. Necesitaríamos ver las dos últimas facturas. Y le aviso que tiene que ir comprando una llave termo-magnética y le aconsejamos que compre también un disyuntor de 25. Cuestan en total 2100 pesos.

Ambos son importados. A dos cuadras de aquí está nuestro camión. Bachicha, mi ayudante, lo acompañará. Nosotros le instalaremos ambos dispositivos sin ningún costo.

Subo a buscar las facturas de Edesur. Bachicha me viene detrás con el multímetro en la mano “para encontrar la dichosa fuga”. Yo pensaba en cómo terminaría esta comedia. Tranquilo y resignado, me propuse que la comedia no se transformara en drama. Estaba convencido de que era todo un cuento del tío. Me encomendé al Tata Dios.

Ante todo, expliqué a mi esposa y empleada, con palabras tranquilizadoras, lo que estaba ocurriendo.

De pronto sonó el portero eléctrico. Levanta el tubo Bachicha y se oye fuerte ¡el asado está listo! Era un “campana”. Un vecino amigo, Claudio Fortunato, de la vereda de enfrente había llamado al 911. Claudio, desde los doce años, vivía también en silla de ruedas. Esa mañana estaba aprovechando el lindo solcito en su balcón. Pudo ver toda la rara maniobra de estos cuatro hombres. El corazón a veces nos habla.

Al aviso del campana Bachicha salió más rápido que ligero. Al pasar a mi lado me sorprendió con estas palabras: “Ud tiene algo raro”. Textuales palabras. Me dejó pensando, casi meditando en mis adentros.

.....
Pasaron 10 años. Un día se desencadenó una lluvia torrencial de esas que los ingleses llaman “cats and dogs”. La calle, en pendiente, parecía un río. Rayos y relámpagos ornaban con luces y sonidos el escenario dantesco. Bajé para ver. Había vivido momentos similares en mis 43 años de vida en ese lugar. El agua corría hacia el Oeste por veredas y calzada hacia el bajón de la esquina próxima.

De pronto entró en mi zaguán un hombre como salido de una pileta de natación.

-Con su permiso, señor.

Subo. Bajo con una toalla para que se seque, una remera seca y una bolsa de plástico, de esas que dan en los comercios. AL ratito paró de llover. Las lluvias cuanto más fuertes, menos duran.

-Le agradezco señor. Es Ud muy gentil.

Saco de la bolsa de plástico un multímetro.

-Tome Bachicha, aquí está el multímetro que, con el apuro, se olvidó aquel día como un falso empleado de Edesur. ¿Se acuerda? Lo conservé, por si acaso.

-¡Muchísimas gracias, don Alberto! Después de tanto tiempo ¿cómo me reconoció, y, para colmo con la cabeza rapada, como se usa ahora? - Lo reconocí en un primer momento por su fisonomía de conjunto, que me hizo apuntar la vista a su dedo meñique, mocho de la mano derecha. -¿Y Ud. Don Alberto, se acuerda de que aquel día le dije “Ud tiene algo raro”? Ese “raro” me cambió la vida. Recuerdo que en el corto diálogo que tuvimos, Ud tenía mucha paz y dulzura en su mirada. Contrastaba con las miradas de terror, rencor y lágrimas con que me había encontrado en atracos anteriores. Le aseguro que me quedé intrigado mucho tiempo por su mirada serena, bondadosa, llena de paz. Ya ve que no olvidé su nombre.

-Te explico Bachicha. Ante todo ¿tus padres son religiosos? - Mi madre está llena de estampitas. Sé que me hizo bautizar con el nombre de Pablo. Soy hijo único. Y no sólo eso, tiene en su mesita de luz una foto mía vestido de primera comunión. Yo soy soltero. Vivo con mis padres.

- Me alegra mucho esto que me relatas, Pablo. Cuéntale ésta, tu historia, a tu madre. Ella te sabrá comprender, y te explicará qué fue esa mirada rara que encontraste. Pero no te olvides de explicarle que yo, ese dichoso día, le llevaba a mi esposa, casi ciega y en silla de ruedas, eso mismo que recibiste tú el día de tu primera comunión.

Nos abrazamos.

- Dele las gracias, Don Alberto, al que llamó al 911, porque mis ex socios, después de estudiar el ambiente, entran a golpear sin lástima hasta que las víctimas confiesen dónde tienen dinero y joyas. Y todo velozmente.

- Sírvase, Don Alberto, esta es mi tarjeta. Allí está mi nombre, dirección y teléfono. Soy técnico electricista, su seguro servidor. También arreglo porteros eléctricos.

- Muchas gracias, Pablo. Quedamos al habla. Por ahora las llaves termo-magnéticas siguen funcionando bien.



Finalista

Cosas del destino

Berta Julia Loguercio

Era una joven maestra jardinera, un año de recibida. A pesar de varios intentos no había podido ubicarme. Debes anotarte y esperar tu turno, me repetían las autoridades cada vez que iba a preguntar si había novedades. Estaba impaciente. Pasaba por el jardín del barrio me paraba a mirarlo y veía jugar a los chicos “¿Cuándo podré jugar con ellos? –pensaba- y así despacito moldear el alma y el espíritu de esos loquitos de guardapolvos multicolores pensando siempre que son los hombres que mañana regirán los destinos del país”.

¡Oh sorpresa! Llego una comunicación del Consejo Escolar. Decía “Debe presentarse en forma urgente”. Que alegría al fin me llamaron. Con la urgencia del caso me presente con un poco de miedo, como era lógico. ¿Qué me comunicarían? Las horas pasaban, a mí me invadía el terror, la desesperanza y todos los estados de ánimo. Tengo mi nombramiento. Entre. Qué feliz soy. Mis sueños se cumplen. Debo presentarme al día siguiente en la salita de cinco años. Debía llevar delantal a cuadros color naranja igual que todos los niños. Corrí a comprarlo. Ya está. Estoy lista para cumplir mi misión.

Primer día: todo era asombro, todo era nuevo. ¿Cómo empezar? Por saludarlos, preguntar su nombre y luego iniciar un juego que ya estaba preparado en mi carpeta. Muy pronto sentí que los niños me habían dado su aprobación. Me sentí muy bien, comenzaron los besos, los abrazos, preguntas de todo tipo.

Pasó la primera semana: ya conocía a casi todos los niños. Uno centraba mi atención sin saber muy bien por qué -quizás sus ojos negros, profundos y tristes- parecía que algo me querían decir. Tenía que indagar más sobre él. Recordé su nombre, Javier. Aparentaba ser el que lo perdió todo y el que todo tuvo. Oí sus palabras sin eco. ¿Qué puedo hacer? Me acerqué, lo abracé y cuando sintió el calor de mi abrazo me dijo: –Seño yo la quiero mucho.

–Yo también -le respondí. Sentí una tremenda emoción. Qué lindo escuchar esas palabras tan dulces. Con mucho cuidado, me animé y le pregunté:

- ¿Tus papis no vienen al jardín? ¿Dónde está mamá?

Me miró un instante con sus ojos tristes y me respondió:

-Mi mamá está muerta. El mes pasado se fue al cielo porque así lo decidió. Se pegó un tiro y me quede solo. Mi papá me dice que desde allí me cuida y puedo hablarle porque ella me escucha, pero yo le hablo y no me contesta, entonces lloro, porque la extraño mucho. Por las noches cuando me acuesto no tengo quien me arrope y me dé las buenas noches. Señor yo quiero que usted venga a mi casa y se quede conmigo. Después de oír un relato tan duro e inesperado no tenía respuesta, no se me ocurrió nada, solo atiné a abrazarlo muy fuerte, sentí sus bracitos redondeándome el cuello y supe que eso era todo lo bueno, lo lindo, lo verdadero. En el momento me di cuenta dónde estaba la solución. Al día siguiente era el cumpleaños de Javier. Qué oportunidad para llamar al papá por teléfono e invitarlo a concurrir al jardín y pedirle que trajera un postre para compartir con todos sus compañeritos y juntos apagar las seis velitas.

Al día siguiente busqué el teléfono y lo llamé. Al otro lado escuche una voz clara, firme.

- ¿Quién es?

-La maestra de su hijo señor. Mañana es el cumpleaños de Javier y como todos los nenes en el día de su cumpleaños les hacemos una fiestita. Ahora le toca a él y en esta ocasión le pido nos haga llegar una torta para compartir con los compañeritos de su sala. Sé que se va a poner muy contento.

La espera fue larga, los nervios me traicionaban, estaba inquieta, por momentos pensaba si estaba bien lo que estaba haciendo. Me preocupaba Javier, era lo único que me importaba. Nada de fiesta, nada de estrategias, nada de cinismo, nada de jugar un juego de conquistas. Estaba presente un niño solo con hambre de cariño, comprensión y ternura.

Llegó el día tan esperado. Nos presentamos. Él un hombre muy atractivo, algo mayor, de aspecto casi grave, que expresaba sin palabras un profundo dolor. El encuentro fue muy positivo. Hablamos de Javier y del amor que le profesaba a su señor, de su soledad y de otro hijo de corta edad que estaba con sus abuelos paternos. Su nombre Luis, al que como padre amaba igual que a Javier.

-Solo son hermanos por parte de padre. Mi primera esposa se suicidó, al igual que la segunda dejando ambas un niño de corta edad. La mamá de Luis se ahorcó. Su mirada quedó como perdida en el tiempo.

Yo solo atiné a decir:

-Cuanto lo lamento.

En ese momento muy oportunamente llegó Javier corriendo. Suerte, sirvió para romper el hielo.

-Papi, papi, ¿te gusta mi seño? Yo la quiero mucho. ¿Por qué no te casas con ella? Así puede estar conmigo en casa y también con vos, los tres juntos. ¿No te parece hermoso papi?

Él miró a su hijo con un dejo de ternura y ansiedad.

-Te quiero mucho hijo mío. Sabes que daría la vida por satisfacer tus deseos. El pedido del niño nos dejó sin respuesta a ambos. Javier me hizo el mismo pedido. Ya fue casi un ruego. Mi alma se estrujaba, era un niño de solo cinco años que estaba pidiéndome a gritos que fuera su madre, que lo acurrucara en sus brazos y que lo arrojara por las noches. Los encuentros entre el papá y yo continuaron con el correr del tiempo, sentíamos la necesidad de estar cada vez más juntos. Javier siempre entre ambos, mirando a uno y a otro para descubrir la intención de cada uno. Al fin él se decidió y me declaró su amor verdadero.

-Te quiero –me dijo -Y ni la brisa de un triste recuerdo podrían nublar el cielo de mi felicidad. Te quiero y el sonido de esas dos palabras acompañan siempre mi sueño y despertar.

El padre había logrado ahuyentar su terrible soledad y tenía a su lado a la compañera ideal que lo llenaría de ternura y felicidad. Yo encontré al hombre que hizo cumplir mis sueños formando así un hogar estable de larga duración, basado esencialmente en el amor, el respeto, la tolerancia y lo más importante un niño de cinco años que recuperó las caricias perdidas de una mamá. Son cosas del destino.



Grandes Autores
RELATOS CORTOS

EDICIÓN ESPECIAL 10 años

**Todos tenemos
una historia
para contar**



**GRUPO
SUPERVIELLE**

Finalista

La pizza fría

Hernán Esteban Silva

Lo decidimos en la redacción del diario. Había visto esa iniciativa en muchos programas de televisión y se me ocurrió que era una buena idea para replicar en el papel. A mi jefe le gustó la propuesta y me dijo que podíamos comenzar esa misma semana. El objetivo era recorrer los carritos bar de la ciudad y escribir reseñas gastronómicas. A pesar de que yo traje la idea debo admitir que rara vez solía comer en este tipo de locales. No porque tuviera algún reparo. Para nada. Me encantan los lomitos, las empanadas, las pizzas; pero desde chico mi sistema digestivo ha sido sensible, y esta clase de comidas me caen algo pesadas. Tuve que correr un gustoso riesgo. Iniciamos con el trabajo en “Mamma mía”. La elección era lógica. Estaba a solo dos cuadras de mi casa y era uno de los más concurridos. El exterior era metálico, similar al de un vagón, y estaba decorado con focos de múltiples colores. En la vereda se desparramaban las mesas de plástico redondas acompañadas de sus sillas. El menú estaba escrito en un pizarrón, en prolija letra manuscrita.

Empecé a lo grande y pedí el lomito completo de la casa. En diez minutos ya lo tenía sobre la mesa y en menos de cinco ya había pasado a la historia. Saqué mi libreta e hice algunas anotaciones para no olvidarlas. El local se había ganado una excelente reseña. En la mesa justo al lado mío estaba sentado un señor de unos sesenta años. Era alto, metro ochenta y cinco, de aspecto bastante atlético para su edad. Vestía de jean y chomba blanca. Tenía el aire de un docente universitario.

Al “profesor”, como lo apodé, le trajeron una pizza especial de cuatro porciones, esas que son más pequeñas. Guardó silencio cuando le dejaron comida y siguió mirando los autos y las motos que circulaban por la avenida como si nada. La pizza se enfriaba, pero no probaba bocado.

Miré mi reloj; ya era casi medianoche. Apuré el vaso de gaseosa y me levanté para pagar. Pasé al lado del “profesor”, quien recién empezaba a comer. Fue la última imagen de mi primera escala periodística.

Las notas sobre los carritos bar fueron un éxito y llegamos a reseñar unos treinta locales. Para no cortar el tema, mi editor sugirió elaborar un ranking con los que consideraba habían sido los tres mejores, que habría que visitar de nuevo para escribir el artículo final.

Muchos negocios me habían gustado, pero el lomito de “Mamma mía” era incomparable. Tenía ganado su lugar en el podio. Fue el primer carrito que revisité. Ese viernes a la noche el local estaba bastante concurrido, como de costumbre. Me senté en la única mesa que quedaba, la más alejada. Identifiqué al “profesor”, sentado en el mismo punto en el que lo vi hace tres meses.

Me trajeron mi lomito, al que encontré más rico que la vez anterior. El “profesor” había terminado su primera botella de cerveza, pero la pizza especial de cuatro porciones permanecía intacta. Recién media hora después, cuando le dejaron la segunda cerveza, robó el primer bocado.

Me acerqué al mostrador para pagar. “Linda noche”, le dije al “profesor” al pasar a su lado. Sin embargo, me mostró una indiferencia colosal. Ni siquiera se molestó en girar su cabeza. El encargado me hizo señas con su cara para que no insistiera en intentarsacarle palabra.

No íbamos a escribir más reseñas gastronómicas, al menos hasta el próximo año, pero me había gustado tanto “Mamma Mia” que adopté el hábito de ir a comer ahí todos los viernes.

La clientela la componían hombres taciturnos de entre treinta a cincuenta años, que por lo general comían solos. La monotonía solo se alteraba cuando llegaban jóvenes del complejo de canchas de fútbol de césped sintético que había abierto hace pocos meses del otro lado de la avenida.

Entre los parroquianos, el “profesor” me llamaba la atención por su comportamiento. Su rutina era férrea.

Iba al carrito casi todas las noches temprano, a eso de las ocho. Se sentaba siempre en la misma mesa y no pedía otra cosa que la pizza especial chica. Recién cuando pasaba media hora desde que le dejaban el plato comía la primera porción. Tomaba una o dos botellas de cerveza; no más que eso.

Manténía el pelo corto. Vestía sencillo, pero con esmero y pulcritud. Usaba pantalones de colores claros y chombas en sintonía. Si el día era caluroso, elegía sandalias.

Sus sobremesas eran extensas, de hasta dos horas. No traía nada para leer y tampoco se distraía con el celular. No conversaba con nadie. Sólo parecía bastarle contemplar el tránsito. El resto de los habitués se habían acostumbrado a su presencia, o, mejor dicho, a su ausencia.

Fui al carrito por primera vez un miércoles, porque el viernes tenía que viajar. Había pocos clientes pero sí estaba el “profesor”. Me senté en una mesa contigua. Para mi sorpresa, ese día probó la pizza apenas la dejaron en la mesa.

Con el paso de los meses, su presencia y sus manías me dejaron de llamar la atención. Pero todo cambió aquel viernes cerca de las once de la noche, una noche de verano, cuando llegó un grupo de ocho chicos, todos de edad sub 30.

Sin perder tiempo, juntaron mesas y pidieron seis cervezas, que vaciaron con asombrosa velocidad. Reían y recordaban aciertos y torpezas del partido. La euforia solo se aplacó cuando les trajeron las pizzas.

Estaba por terminar con mi lomito y ocurrió algo insospechado. La inalterable sobremesa del “profesor” desapareció en un instante. Furioso, se abalanzó de un salto sobre uno de los jóvenes. Con una mano lo sujetaba del cuello, con la otra le daba piñas en la cara.

Los compañeros del desdichado muchacho salieron en su defensa y se armó una batahola. A pesar de la desproporción que había, el “profesor” mostró fuerza y agilidad. En esos segundos de caos, esquivó la mayoría de los puñetazos y las patadas, y propinó varios golpes.

Los comensales que estábamos cerca nos levantamos para frenar la pelea. Pero apareció un móvil y bajaron dos policías, un hombre y una mujer. Dos de los chicos sangraban por la nariz y un tercero tenía el ojo morado. Los uniformados se llevaron a los ocho jóvenes y al profesor a la comisaría. El encargado del local y yo fuimos como testigos.

Conocía al comisario. Era de mi edad y habíamos cursado en el mismo colegio secundario. Cuando terminamos de declarar, le pregunté qué fue lo que había provocado la pelea. “Fue un comentario sonso sobre Malvinas. señor fue piloto de la Fuerza Aérea. Los mocosos por ahí dicen cosas sin mala intención, pero no miden las palabras. Hay cosas con las que no se jode”, me dijo.

Al viernes siguiente fui al carrito temprano con la intención de averiguar qué era lo que le habían dicho esos chicos que le generó tanta bronca. Pagué por anticipado mi lomito, pero también la pizza del “profesor”. Le solicité al encargado que cuando él pidiera la cuenta le comentara sobre mi invitación.

No se desvió de la rutina. Tras comer su pizza luego de dejarla enfriar y hacer su sobremesa se levantó para pagar. Ahí el encargado le cuenta que yo lo había invitado. El “profesor” me miró durante pocos segundos, haciendo un tímido gesto de aprobación con su cabeza.

Regresé al carrito a la semana. Comí mi habitual lomito y esperé que él completara su rito. Ahí me levanté, tomé la silla y me arrimé a su mesa. Estábamos frente a frente. El intentó seguir con su indiferencia, pero lo había desacomodado.

No di rodeos. Le pregunté cómo se llamaba y a que se dedicaba. Él siguió mirando el tránsito en silencio. Resignado ante su hermetismo, me levanté.

“Espere, acompáñeme con una cerveza”, me dijo con una voz amistosa. Me di vuelta, sorprendido. Él sacó un mazo de cartas que tenía en su bolsillo y empezó a mezclarlas. Me preguntó si quería jugar al truco. Acepté.

Era arriesgado. Cantaba truco con malas cartas y envido con pocos puntos. La primera partida la ganó él con diferencia; la segunda la gané yo por poco margen. Más allá del resultado, los naipes le habían cambiado la actitud.

Fuimos al bueno. Mientras gritábamos los puntos y estampábamos con vehemencia las cartas sobre la mesa, pedimos más cervezas. Concentrarse era todo un esfuerzo. En la última mano tuve suerte; me tocó el ancho de espada y el siete de oro. El “profesor” sonrió y me felicitó dándome la mano con firmeza.

Estaba contento de haber podido compartir un momento agradable con ese señor, pero todavía seguía sin saber quién era. Me levanté porque tenía muchas ganas de orinar, y se me vino el mundo abajo.

Desperté acostado en un sofá en el living de una casa desconocida. El ambiente estaba en penumbras. Escuché voces afuera. Me acerqué a la ventana y corrí la cortina. El “profesor” conversaba con un señor. Sin saber qué hacer, caminé por el living. En las paredes había varias fotos de su pasado como piloto.

Una imagen era la más importante. No solo estaba en el centro de la pared, sino que era la más grande y tenía un marco dorado. El “profesor” lucía bastante más joven, pero tenía la misma impronta, el mismo corte de pelo. Posaba sonriente con su uniforme militar, el casco en la mano y detrás un A-4 Skyhawk. Debajo de la foto estaba escrito, con letra bien pequeña y en color blanco, mayo de 1982.

Apenas me senté de nuevo en el sillón se abrió una puerta interior del living. Me incorporé nervioso. Un hombre de unos cuarenta años me miraba con extrañeza y algo de temor. ¿Quién es usted?, me preguntó. Me daba vergüenza presentarme como amigo o conocido del piloto, así que le dije la verdad, que era cliente de “Mamma Mia” y que me había emborrachado.

El señor sonrió. No lo hizo de manera irrespetuosa, sino condescendiente. Me preguntó si quería algo. “No, gracias. Tengo que volver a mi casa”, le dije mientras me levantaba del sillón. “No, por favor, espere a mi padre”, me rogó. Le expliqué que en mi casa seguro estaban preocupados y que debía volver cuanto antes. Me dirigí a la puerta de entrada, pero el señor me tomó del brazo. “Quédese acá. Nunca traje a alguien a casa desde Malvinas”, me suplicó.

A continuación me dijo que el único lugar que frecuentaba su papá era el carrito bar, no exclusivamente por su mérito gastronómico, sino porque el dueño del local era hermano de quien fue su mejor amigo. Se conocían desde primer grado de la primaria y desde chicos se juraron ser pilotos de avión. Lograron el objetivo de entrar a la Fuerza Aérea y ambos pelearon en Malvinas. Uno volvió; el otro no.

“Fue derribado en una misión que en realidad le correspondía cumplir a mi padre, quien no pudo hacerla porque un día antes tuvo gastroenteritis. Tras el impacto de un misil, la aeronave fue consumida por las llamas. La misión fue un viernes. Por eso todos los viernes, en casa o donde sea, mi padre deja que la comida se enfríe. Es una especie de homenaje, o algo que no puede controlar. No lo sé”, relató.

En ese momento entró el “profesor” a la casa. Él notó en mi rostro, y también en el de su hijo, que ya lo sabía todo. Lo abracé y nos pusimos a llorar. Nunca sentí la patria tan cerca.